HAMBRE EN EL CUERNO DE ÁFRICA:

SEQUÍA, CONFLICTOS ARMADOS Y ESPECULACIÓN

POR JAVIER LÁZARO. Paz y Solidaridad Aragón



Cuesta trabajo creer que en un mundo que produce comida para 12.000 millones de personas, una de cada siete padezca hambre. Sólo en el llamado Cuerno de África, en países como Somalia, Etiopía y Yibuti, pero también en extensas áreas fronterizas de Kenya y Uganda, más de 12 millones de seres humanos pueden morir de hambre en los próximos meses si no actuamos con celeridad.

ES un área devastada por la sequía y por los conflictos armados y, últimamente, también por la especulación en el comercio mundial de alimentos. En la mayoría de países de esta zona de África, el acceso a la tierra es un bien escaso. Según señalaba Esther Vivas[1], en un reciente artículo, la compra masiva de suelo fértil por parte de inversores extranjeros (Agroindustria, Gobiernos, fondos especulativos...), ha provocado la expulsión de miles de campesinos de sus tierras, disminuyendo la capacidad de estos para autoabastecerse. Así mientras el Programa Mundial de Alimentos intenta dar de comer a miles de refugiados en Sudán, se da la paradoja de que Gobiernos extranjeros como Kuwait, Emiratos Árabes, Corea, entre otros, les compran tierras para producir y exportar alimentos a sus respectivos países. Como otros países de África, Somalia era autosuficiente en la producción de alimentos hasta finales de los años setenta. Pero perdió su soberanía a partir de los años ochenta, como consecuencia de la aplicación de las políticas impuestas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, para que el país pagara su deuda con el Club de París[2]. Estas políticas implicaron la liberalización comercial y la apertura de sus mercados, permitiendo la entrada masiva de productos subvencionados, como arroz y trigo, de multinacionales de EEUU y Europa, quienes empezaron a vender sus productos por debajo de su precio de coste, haciendo competencia desleal a los agricultores autóctonos. Una historia que conocen muy bien en países de America

Latina y Asia. Es necesario destacar que la OCDE, conformada por los 34 países más desarrollados del planeta, en los que, claro está, no hay ningún país africano, destinan más de 385.000 millones de dólares anuales en apoyo a sus agricultores, o sea más de mil millones diarios. Tal y como sostiene Enrique Yeves[3], en *Le Monde Diplomatic*, es como si en un partido de fútbol, uno de los equipos juega con cinco jugadores, sin portero, y sólo puede disparar a puerta desde fuera del área, mientras que el otro equipo, juega con treinta jugadores, tres porteros, no se les aplica el fuera de juego y, además, pueden tocar el balón con la mano. Establecidas estas reglas tan dispares se les dice: Ahora ¡que gane el mejor! ¡que decida el mercado!. No es difícil concluir quienes van a perder.

¿Pero qué sucede en la producción y mercados de alimentos, para que en el mundo haya hambre? Los últimos datos de agosto, indican que los alimentos costaban un 26% más que hace un año. Los cereales eran un 36% más caros que en agosto de 2010. El maíz, por ejemplo, aumentó un 74% en 18 meses, mientras que el arroz multiplicó por tres su valor, lo que supone un incremento del 166%. En una veintena de países se registraron disturbios relacionados con los precios de los alimentos. Algunos analistas ven una relación directa de las primeras protestas de la «primavera árabe» con el alza de los precios, protestas que hicieron aumentar la represión política de esos regímenes para terminar en las revoluciones que hemos conocidos en los últimos meses.

Las fluctuaciones de precios son una característica normal de los mercados agrícolas, pero cuando éstas se tornan impredecibles, pueden tener un efecto devastador para los grupos más vulnerables de los países en desarrollo. La crisis de 2008 provocó que se superara la triste barrera de los mil millones de personas que pasan hambre en el mundo, según los datos de la FAO. Aunque los informes de este organismo correspondientes a la última crisis se conocerán después de escrito este artículo, el Banco Mundial calcula que los costes de los alimentos han empujados a 70 millones de personas a la pobreza extrema.

Otro factor que está influyendo en el alza de precios, es la demanda de los países emergentes, especialmente



> Mogadiscio, Somalia. Una mujer sostiene a su hijo gravemente desnutrido en un campo de refugiados. Somalia se ve afectada por una grave sequía que ha devastado grandes áreas del Cuerno de África, dejando 11 millones de personas en necesidad de asistencia humanitaria.

asiáticos y, sobre todo, de China y la India. Los dos gigantes superpoblados consumen cada vez más alimentos y más tipos distintos de comida.
Pero, tal vez, el elemento que más influencia está teniendo en la conformación de los precios de los alimentos, es la especulación. La mayor parte de estos precios se determinan en la Bolsa de Valores, la más importante de las cuales es la de Chicago, mientras que en Europa los alimentos se comercializan en las Bolsas de futuro de Londres, París, Ámsterdam y Frankfurt. Pero hoy en día, la mayor parte de estas mercancías no corresponden a intercambios comerciales reales. Se calcula que un 75% de la inversión financiera en el sector agrícola es de carácter especulativo. Es el refugio de los Fondos de Inversión que se retiraron del mercado de materias primas en los años más duros de la crisis mundial y que ahora están



> Campo de refugiados en Kutum, Darfur. Líderes locales denuncian el aumento de ataques y violaciones. Horror añadido al hambre.

volviendo con la esperanza de obtener más rendimientos, aunque sea a costa de vidas humanas. Los mismos bancos, fondos de alto riesgo y compañías de seguros que provocaron la crisis de las hipotecas *subprime*, son quienes hoy especulan con la comida, aprovechándose de unos mercados globales profundamente desregulados y altamente rentables.
Según Esther Vivas, la crisis alimentaria a escala global y la hambruna en el Cuerno de África en particular, son resultado de la globalización alimentaria al servicio de los intereses privados. La cadena de producción, distribución y consumo de alimentos está en manos de unas pocas y poderosas multinacionales que anteponen sus intereses personales a las necesidades colectivas, que a lo largo de las últimas décadas ha erosionado, con el apoyo de las Instituciones Financieras Internacionales, la capacidad de los Estados del sur para decidir sobre sus políticas agrícolas y alimentarias. La producción de alimentos se ha triplicados desde los años setenta, mientras que la población mundial tan solo se ha duplicado desde entonces. Por tanto, no nos enfrentamos a un problema de producción sino a un problema de acceso. Como señalaba el relator de la ONU para la alimentación, Olivier de Schutter, en una entrevista a *El País*: «...el hambre es un problema político. Es una cuestión de justicia social y políticas de redistribución».
Sin embargo, Enrique Yeves sostiene que, para asegurar tanto la producción como la distribución será necesario adoptar otro enfoque al problema, para que haya estabilidad en los mercados de alimentos. Para ello, entre otras medidas, es necesario aumentar la inversión en agricultura, especialmente en los países en desarrollo, donde vive el 98% de las personas que pasan hambre y donde la producción deberá doblarse de aquí a 2050 para poder alimentar a la creciente población. La cuantía de estas inversiones netas, según la FAO, ascienden a 83.000 millones de dólares anuales, monto que ayudaría a millones de personas de todo el mundo a escapar de la pobreza y favorecería la estabilidad a largo plazo de los mercados agrícolas.
La cifra puede parecer abultada, pero si la comparamos con los 787.000 millones que se movilizaron en pocas semanas para salvar a la banca de EEUU, y mucho más, si la comparamos con los 1.340.000 millones de dólares que se gastan los Estados anualmente en armamento, concluiremos que no es paran tanto. En realidad, se trata de una cuestión de prioridades.
Por su parte, Esther Vivas, plantea que si queremos acabar con el hambre en el mundo es urgente apostar por otras políticas agrícolas y alimentarias que coloquen en su centro a las personas, a sus necesidades, a aquellos que trabajan la tierra y el ecosistema. Apostar por lo que el movimiento internacional «Vía Campesina» llama la «soberanía alimentaria», y recuperar la capacidad de decidir sobre aquello que comemos. Tomando prestado uno de los lemas del movimiento 15M, es necesaria una «democracia real, ya» en la agricultura y la alimentación. ■

> «Los cereales eran un 36% más caros que en 2010. El maíz aumentó un 74% en 18 meses, mientras que el arroz se incrementó un 166%»

> «Algunos analistas ven una relación directa de las primeras protestas de la «primavera árabe» con el alza de los precios»

> «Los precios se determinan en la Bolsa de Valores, la más importante es Chicago. En Europa, en las Bolsas de futuro»



> El cinismo de la OCDE. Mientras durante años la OCDE ha incluido en una lista negra de paraísos fiscales a Uruguay o Costa Rica, sólo ha calificado como gris a Luxemburgo o Suiza. A la OCDE no le debe parecer denunciable en una «lista negra» que sus integrantes obliguen a los países africanos, mayoritariamente pobres, a competir en este mundo de «libre» comercio con países ricos que subvencionan su producción de alimentos con 1.000 millones de dólares diarios.

[1] Esther Vivas, es activista, autora de varios libros y publicaciones sobre movimientos sociales y consumo responsable.
[2] El Club de París, es un foro informal de acreedores oficiales y países deudores. Su función es coordinar formas de pago y renegociación de deudas externas.
[3] Enrique Yeves, es Director de la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) para España.

ARGENTINA, ESPAÑA, LA «LEGALIDAD» INTERNACIONAL Y EL CLUB DE PARÍS



> La Presidenta Cristina Fernández, con el titular de Economía argentino, Amado Boudou. El gobierno argentino y Repsol, populismo frente a hipocresía neoliberal.

Corre 1956, han pasado diez años del triunfo en las elecciones presidenciales de **Juan Domingo Perón.** Ese año, Perón derrocado, se crea *El Club de París* con el único objetivo de gestionar el cobro de la deuda de 700 millones de dólares que Argentina había contraído con varios países europeos. Pero el origen de la deuda no vendría exactamente de una deuda de Argentina con, fundamentalmente, EEUU y Reino Unido.

Es Perón, cuando asume el poder, el que pone encima de la mesa la deuda que Inglaterra tenía con Argentina por una suma de 500 millones de libras esterlinas de la época, en concepto de la ayuda en forma de carne y grano que le había sido entregada por Argentina a este país durante la Segunda Guerra Mundial. Dicha deuda estaba estaba avalada por Inglaterra a través de bonos en libras esterlinas. A su vez, Perón había contraído una deuda por importe similar con los EEUU, pero con la diferencia de que mientras Argentina prestó ayuda a Inglaterra sin intereses, EEUU sí que los devengó en los préstamos con Argentina. En ese contexto, Perón dispuso triangular la deuda entre Argentina, EEUU e Inglaterra, es decir, instar a Inglaterra a pagarle directamente a EEUU para zanjar la deuda de este con Argentina. El Derecho Internacional, ese por el que ahora se clama rasgándose las vestiduras por la expropiación de YPF, permitía y permite la triangulación de las deudas entre países. Al no aceptar EEUU el pago en libras, Perón nacionalizó activos ingleses en Argentina (sobre todo ferrocarriles, teléfonos y gas) para, con los beneficios obtenidos por su explotación, ir cancelando la deuda con los norteamericanos. El 16 de septiembre de 1955, se produce el golpe de Estado que derrocaría a Perón. Aramburu, «cabeza» del golpe, no solo instauró relaciones con el FMI, sino que abortó los planes de Perón mientras contraía un crédito por valor de 700 millones de dólares. El régimen de Aramburu creyó que podría cancelarlo en un año, pero las dificultades económicas obligaron a refinanciar la deuda. Para ello, el gobierno francés creó una oficina en París que representara los intereses de los bancos europeos: El Club de París. Y de ahí hasta nuestros días. Dicho club se autodefine como «informal» y España forma parte del mismo como uno de los «acreedores permanentes».
En 2011 Argentina, que debía enfrentarse a un nuevo encuentro con El Club, no reconoce al mismo mientras este no elimine la condición de acuerdo previo con el FMI para aplicar sus planes para una reestructuración de la deuda y el reconocimiento como Deuda Odiosa la contraida por Argetina (gran parte en material militar) durante la sanguinaria dictadura de la Junta Militar entre 1976 y 1981. España junto a Japón (según fuentes) no sólo no apoyó esas condiciones sino que tensó las discusiones. Hay que recordar que en Derecho Internacional, «deuda odiosa» es aquella que contraída, creada y utilizada contra los intereses de los ciudadanos del país, no tiene por qué ser pagada.